

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

AÑO IV.

MADRID.—Jueves 16 de Enero de 1873.

NÚM. 893.

CRÓNICA PARLAMENTARIA

CONGRESO.

Las sesiones han comenzado después de Pascuas con alguna frialdad y reserva. El ministro se ha presentado en cuerpo en el Congreso, si se exceptúa el general Córdova, que parece cuerpo muerto.

La sesión se abrió con una docena de diputados. Poco a poco fueron poblándose, aunque no mucho, los bancos. Los espectadores eran también escasos.

Nuestro amigo el Sr. Jove y Hérva, cuya actividad y diligencia son tan meritorias, hizo presente que era imposible hojear, deslindar y hacerse cargo del voluminoso expediente sobre las reformas de Ultramar, sin que el ministro remitiese el extracto que se hace en toda oficina central para la mejor inteligencia de los negocios.

El señor ministro de Ultramar se contentó con decir que había remitido todos los antecedentes; pero esto no era contestar al diputado moderado, ni remediar los inconvenientes que se denunciaban.

El Sr. Lassala deseaba que se remitieran, además de los antecedentes administrativos, los documentos diplomáticos que hubieran mediado en el asunto, y más que todo, las comunicaciones que se hubiesen cruzado entre el ministro de los Estados Unidos y nuestro Gobierno.

El señor ministro de Estado negó que en su tiempo, y sobre todo recientemente, hubieran mediado notas ó despachos entre el ministerio actual y el Gobierno de los Estados Unidos; pero en sus intenciones reticencias dio á entender que en otros Gabinetes ha podido haber comunicaciones graves. Este es el inconveniente que tiene el no proceder con franqueza y con lisura. Ya en otra ocasión se publicaron en los periódicos, notas, cartas y despachos diplomáticos de la más alta importancia sobre esta delicada materia. Si el Gobierno actual, sin que nadie se lo pidiera, hubiera puesto voluntariamente sobre la mesa del Congreso todos los documentos que han visto la luz pública en Washington, hubiera quitado armas á la maledicencia, y se hubiera sabido á punto fijo lo que había de verdad sobre este importantísimo asunto.

El Gobierno, alarmándose, haciéndose el desconfiado y receloso, y ocultando lo que todo el mundo ha leído, se perjudica más que todos los que pretenden calumniarle; y esta conducta cautelosa y tímida da armas, en vez de embotarla, á la calumnia. Que después de la revolución han mediado negociaciones y comunicaciones entre nuestro Gobierno y el Gobierno de los Estados Unidos, es positivo. Pues bien: el Gobierno tiene un interés de primer orden en presentar el mismo todos estos documentos antes que empiece la discusión del proyecto de emancipación. No se queje el Gobierno de nadie; quejese á sí mismo, porque su conducta se presta á justas censuras.

El Sr. Pascual y Casas volvió á la carga sobre las partidas carlistas de Cataluña; y por más esfuerzos que hizo el Sr. Ruiz Zorrilla, no consiguió llevar el convencimiento ni la tranquilidad al ánimo de los diputados. La situación de Cataluña es tristísima. La autoridad del Gobierno nula. El prestigio del general Gamindo ha venido á tierra por completo.

Nuestro amigo el Sr. Salaverri hizo una pregunta de interés y de suma importancia. En la penuria en que se encuentra este Gobierno, parece que intenta hacer alguna operación sobre los tabacos de Filipinas.

El Sr. Salaverri, deseando atar corto á los que tantos contrabatos á cencerros tapados han realizado, preguntaba al ministro: ¿ Cree el Gobierno que necesita una ley para embargar en

todo ó en parte las rentas públicas? El laudable objeto del inteligente y experto diputado por Búrgos era traer al Parlamento en todo caso la discusión y examen del nuevo empréstito ó contrato.

El ministro contestó, al parecer, que sí que vendría el asunto al Congreso; y decimos al parecer, porque estos ministros tan parlamentarios siempre hablan entre dientes cuando se les obliga á discutir ante las Cortes; es decir, siempre hablan en términos ambiguos y dubitativos; y luego, hay tres ministros gallegos, que no son todo lo claros que sería de desear.

Con el sorteo de las secciones, se levantó la sesión.

SENADO.

Terminadas, por fin, las vacaciones que tan á su gusto se han propinado los señores senadores, comenzaron ayer de nuevo las sesiones en la alta Cámara. A falta de los acostumbrados secretarios, los Sres. Morales Díaz y Saavedra, ocuparon sus sillones, pues por lo visto la Noche-buena no ha terminado aún para aquellos individuos de la mesa.

El Sr. Suarez Inclán pidió al Gobierno varias notas de la correspondencia habida entre el ministro de Estado del Gabinete Prín y el representante de los Estados Unidos en Madrid, así como los despachos entre éste y su Gobierno respecto á la cesión retribuida de la isla de Cuba; pero el Sr. Montero Ríos, indignado sin duda con tal petición, no pudo reprimir su mal humor y achacó al Sr. Suarez Inclán haberse hecho eco de calumnias miserables é infames. Tales palabras fueron rechazadas con dignidad por el senador unionista, que así como el resto de la Cámara no podía explicarse la irritación del ministro de Gracia y Justicia.

Tercio en la cuestión el señor presidente, y no tuvo otro recurso el Sr. Montero Ríos, sino avenirse á la razón accediendo á los deseos del Sr. Suarez Inclán, pues sin duda recordó, aunque tarde, que los documentos pedidos habían sido impresos oficialmente y presentados al Parlamento anglo-americano.

Este ha sido el incidente más importante de la sesión de ayer.

EN BUSCA DE UN PADRINO

Andamos en busca de un padrino: al decir que andamos, queremos decir que quien anda es D. Amadeo, su secretario, todo el personal de la real cámara, y aun se dice que también el Sr. Ruiz Zorrilla ha tomado cartas en el asunto: lo que todavía no se ha buscado es la pasiega ó el biberón; mas en este particular no hay tanta prisa, porque, según parece, será muy fácil proveerse de ama de cría que venga á Madrid con su cuévano más limpio que un oro al salir del crisol.

Lo que urge es un padrino; pero no un padrino vulgar, escueto y rampón; no un padrino que se limite á saber la doctrina cristiana para poder enseñarla á su ahijado á falta de sus padres, pues esta es su principal obligación; no un padrino que se limite por de pronto á pagar la envoltura y paños de cristianar, los dulces para los convidados, las propinas para acólitos y criados, la vela de la parida al salir á la mesa de purificación y el primer trajecito, cuando la criatura vista de corto; todo lo cual constituye la esencia civil del padrino en la villa y corte de Madrid.

Lo que se necesita es un padrino que además de esos gastos y adelantos en obsequio del niño, lleve una especie de dote para su padre: se necesita un padrino que lleve, como sal del salero del bautizo, un considerable número de hombres blancos, ya que se está abominando de los que disponen de otros hombres negros; un padrino que lleve algún refuerzo á la familia del bautizado y la haga entrar en relaciones

con lo principal de la población. En una palabra; se necesita un padrino, que sea un arrimo para la casa.

Según el parte dado por el mayordomo mayor de D. Amadeo, parece que en breve se aumentará la familia de Saboya. Es natural que habiendo de bautizarse lo que nazca, se busque un padrino, ya que por desgracias y malas venturas no se haya ofrecido nadie á serlo. Es esta una Nación tan respetable desde la revolución de 1868; y entramos con tan soberbia majestad en el concierto europeo por virtud de esa misma revolución; infunden tanto respeto estas dinastías elevadas sobre los hombres de todo un pueblo, unánime y *némine discrepante*; son tan imponentes esas monarquías que se presentan como en otros tiempos se presentaban los reyes de piedra de la plaza de Oriente, ó sea coronando un edificio, que ningún Monarca ni príncipe de Europa se ha atrevido á solicitar la alta honra de apadrinar los naturales aumentos de la monarquía de los 191.

Esa timidez y encogimiento de los monarcas y príncipes de Europa, y la imposibilidad en que, por exigencias del Corán é imprevision de Mahoma, se han encontrado los príncipes de Marruecos de brindarse para un acto que hubiera estrechado más los vínculos de dos Naciones ahora muy parecidas, han sido otras tantas causas de que ahora nos encontremos en un apuro tanto mayor, cuanto que el tiempo pasa, la naturaleza no guarda consideraciones, y el día menos pensado nos encontramos con el niño ó la niña, los convidados esperando, el bautizante con la capa pluvial y á todo esto todavía sin padrino.

¿Quién quiere empreñar espiritualmente con la dinastía? La ocasión es la más oportuna y no hay que descuidarse, porque el caso aprieta. Se ha tratado de hacer á estilo de Portugal, *duque parlante* al duque de la Torre; se le ha ofrecido, se le ha instado, mas parece que ha rehusado cortésmente. Es un contratiempo tanto mayor cuanto que se contaba con que llevara consigo, los unos de uniforme, los otros de severo frac y blanca corbata y todos contentos, á los conservadores de todos los matices, á quienes se consideraría como individuos de la familia desde el día del compadrazgo.

Si, como se tiene por cierto, el duque de la Torre rehusa ser pariente de D. Amadeo, el conflicto podrá no ser grande, pero indudablemente lo será mucho el desengaño. Ciertamente que tratándose de atraer por el padrino á un partido, pudiera muy bien utilizarse ese magnífico recurso, haciendo que fuese padrino el jefe del partido radical ó cualquiera, á nombre y representación de ese partido: para decir *voto*, cualquiera serviría á las mil maravillas.

Hay, sin embargo, un inconveniente, y es que se lastimarian ciertas susceptibilidades muy respetables, siendo bien sabido que hay personas directamente interesadas en el asunto que nos ocupa, en cuya organización física produce sensibles alteraciones el solo nombre de radical. Aun cuando más no sea que por esta muy atendible consideración, no se puede pensar en el padrino de ningún individuo de la situación; y eso que si la monarquía había de ser fiel á su origen, como en repetidas ocasiones, y hoy hace diez y seis días la última, ha dicho D. Amadeo, á nadie correspondería de derecho el padrino, en el caso de buscarse dentro de la Nación, más que al actual presidente del Consejo de ministros.

¿Quién hizo más para que la elección de Rey en favor del duque de Aosta obtuviese el éxito que obtuvo? El Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Quién fué á Italia á ofrecerle la corona? El Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Quién asumió toda la representación de las Cortes que le eligieron y en tal concepto le recibió el juramento? El Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Quién hizo en la primavera última los mayores esfuerzos para impedir la ruina de la monarquía

alegría? El Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Quién ha continuado haciéndolos en época posterior? El señor Ruiz Zorrilla. Esta es la verdad histórica. Sin embargo, no se ha pensado en él ni en ninguna persona del partido radical para ofrecerle lo que reiteradamente se ha ofrecido al duque de la Torre.

Mucho menos, cien veces menos había hecho el general Prím por Isabel II, y aquella augusta señora se dignó ser madrina del hijo de aquel general y tenerle, único á quien tuvo, por sus propias manos en la pila bautismal. No deben estar muy agradecidos los radicales á la deslucida omisión de que han sido objeto y que contrasta con la viva solicitud que se ha demostrado para obtener el consentimiento del duque de la Torre y el concurso del partido conservador.

Dejándonos de digresiones y volviendo á la cuestión, el hecho es que no hay padrino: ¿qué se hace en este apuro? He ahí una de las dificultades con que no se contaba y que la naturaleza por un lado y ciertas circunstancias por otro se han encargado de presentar. ¿Cómo se resolverá? ¿Quién será el padrino? Veremos si parece.

TRAVESURAS DE LOS DINÁSTICOS

El Sr. Albareda, antiguo é ilustrado sostenedor de la política conservadora del partido moderado, y opositor distinguido de los Gobiernos de unión liberal, no es, como se había anunciado, redactor de *El Gobierno*, órgano de el grupo de conservadores dinásticos, que reconoce por jefe al Sr. Topete; pero forma parte de esa exigua fracción, y en tal concepto se le reserva un puesto preferente en las columnas del indicado periódico para trasladar á ellas los artículos que escribe en su *Revista* contra sus antiguos correligionarios y amigos, contra la dinastía tradicional y contra la causa del derecho de la legitimidad, que representa el augusto Príncipe que es hoy el iris de paz hacia el cual dirigen sus miradas los buenos españoles y la esperanza de la patria.

No lo extrañamos, ó por mejor decir, no nos causa sorpresa alguna la actitud del antiguo escritor moderado, que no pierde ocasión ni momento para distinguirse en su perseverante hostilidad contra la dinastía legítima; mucho menos vituperaremos por esto su conducta. Si somos sus jueces, ni tenemos por costumbre ocuparnos de la conducta ajena. Lo que deseamos es que haya franqueza, que se deslinden los campos, que cada cual ocupe en el estadio político el lugar que le corresponde; y en este punto, la actitud del Sr. Albareda no sólo es diáfana, sino completamente clara y definida en favor de la dinastía saboyana; y puesto que, en uso de un derecho, que no le disputamos, se ha decidido por los italianos, allá se las haya con ellos, que nosotros, usando de la misma libertad y respondiendo al sentimiento de la patria y á nuestra inquebrantable lealtad, estamos por España y por los españoles.

Pero el Sr. Albareda en su *Revista*, si no para defender la dinastía extranjera, que es indefendible en todos conceptos, para cohonestar en algún modo su azarosa existencia y para amenguar la odiosidad que inspira á la inmensa mayoría del país, se permite hacer apreciaciones infundadas y manifestamente erróneas respecto á la significación del Príncipe Alfonso, cuya causa hemos jurado defender, y acerca de las consecuencias que su triunfo y consiguiente restauración en el trono de sus mayores había de producir en la mente del país y en la manera de ser de los partidos políticos; y no hemos de consentir que para venir á su objeto se permita alterar la verdad histórica, hacer afirmaciones y prevalecer de conjeturas arbitrarias y enteramente gratuitas, que rechazamos desde ahora como destituidas de todo fundamento, como contrarias á los nobles sentimientos del ex-

celso Príncipe que está muy por encima de los intereses y de las miserias de partido, y sólo aspira á reinar por el amor en el corazón de todos los españoles honrados sin distinción de matices políticos, y que, como hemos dicho repetidas veces, es un símbolo de paz, de concordia y de olvido, y no se prestará nunca á ser instrumento de ninguna facción ó bandera.

May lejos de significar el triunfo de don Alfonso una nueva era de luchas insensatas, de revoluciones y de saqueamientos populares, como supone intencionada y gratuitamente el Sr. Albareda, vendría á desarmar la cólera de los partidos con su paternal autoridad, á restañar las heridas de la patria y á dar á este infortunado país, presa hoy de la anarquía y del furor revolucionario, días venturosos de tranquilidad, de engrandecimiento, y de verdadera y fecunda libertad.

Lo que no ha hecho ni puede hacer un Rey extranjero desdénado de todos los españoles, combatido por todos los partidos y sostenido sólo por una escasa fracción de dinásticos de conveniencia y de políticos de ocasión, lo conseguiría fácilmente un Rey español, al cual no le faltaría el apoyo del país, que vé en sus Reyes legítimos la representación viva de todas sus glorias, de las creencias religiosas y de sus generosos sentimientos, como demostraremos en un nuevo artículo.

LA ALTA POLÍTICA

A continuación verán nuestros lectores lo que dicen algunos de nuestros colegas sobre la visita del general Serrano á Palacio, sobre la contestación de la señora duquesa, sobre esperanza y desengaños. Queremos, como siempre, que nuestros amigos tengan á la vista todas las piezas del proceso para fallar con acierto; y luego reposadamente, sin temor ni esperanza, sin frío ni calor, sin ilusiones ni agravios, haremos nosotros los comentarios oportunos sobre todos estos sucesos, y sobre tantas idas y venidas.

El Diario Español dice así: «La excusa dada por el señor duque de la Torre en nombre de su esposa, que no puede asistir en estos días á Palacio, ha quitado una gran parte de esperanzas al presidente del Consejo, que creía fácil verse reemplazado por el ilustre jefe de los conservadores. Si se dará el caso de que no haya quien sustituya á D. Manuel Ruiz Zorrilla en el puesto que ocupa? Singular sería, pero posible. Esta tarde se ha dicho que ha vuelto á Palacio el duque de la Torre, para excusar con el Rey á la señora duquesa, que por el estado delicado de su salud no puede asistir al alumbramiento de la Reina y al ceremonial de la presentación del niño ó niña que nazca.

Esta excusa tan natural y sencilla parece que ha afectado á la sensibilidad de los impresionables.»

La España escribe lo siguiente: «Ya se va viendo claro en todo cuanto se ha venido diciendo hace días respecto de las invitaciones y cartas dirigidas por D. Amadeo al señor duque de la Torre.

Es indudable que el general Serrano recibió una expresiva carta de invitación al banquete dado el día 6 en Palacio; es sabido que el jefe del partido conservador se negó á aceptar el obsequio que se le hacía; es innegable que, á petición del Rey radical, acudió anteayer á las dos y media á Palacio D. Francisco Serrano y Domínguez, el cual, según política italiana, fué recibido con los honores de capitán general, á pesar de vestir de paisano; es, por fin, cosa sabida que, en la entrevista, á medida que D. Amadeo acentuaba más y más su afecto al distinguido general, este se mostraba más enérgico y severo, elevándose al fin la persona del que fue regente del reino, á medida que iba descendiendo la del hijo del Rey de Italia.

Resultado: que ni las instancias, ni las adulaciones, ni las lisonjas, ni las deferencias, ni los ruegos de D. Amadeo de Saboya para atraerse de nuevo al ilustre duque de la Torre, han servido para otra cosa que para dar más importancia, si era posible, al digno y enérgico jefe del partido conservador.

Esta es la verdad.»

En *La Epoca* se leen estos párrafos: «Los ministeriales se han tranquilizado. No les llegaba la camisa al cuerpo desde que supieron que el Rey, usando de una iniciativa poco habitual en él, había llamado al general Serrano sin conocimiento

A eso de las cuatro de la tarde dos cazadores de Africa trajeron en una camilla á un soldado joven, cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, su fisonomía contrada y sus labios amartados indicaban graves padecimientos. Apenas la señora Catalina fijó la vista en él, dió un grito y corrió fuera de sí á encontrarse con su hijo: este también la conoció al momento, y medio levantándose, sin embargo de su extrema debilidad, echó los dos brazos al cuello de su anciana madre con tal expresión de sorpresa y alegría, que todos los circunstantes se quedaron conmovidos. Margarita lloraba enternecida, ayudando al mismo tiempo á los enfermeros á acomodar bien al enfermo.

«Dios premiará Vd., hija, decía muy alegre la señora Catalina: muy pronto encontrará Vd. á su Miguel.»

«Con tal que lo encuentre vivo! decía á media voz la infeliz Margarita.

«¡Vamos! ¿se ha de haber muerto quien, como él, tiene una mujer tan buena y tan linda? Le aseguro á Vd. que vendrá, y cuando esté aquí lo cuidaremos los dos.

Margarita hacía esfuerzos por reírse, pero su corazón estaba muy triste.

Al siguiente día el cirujano, después de haber confiado á Margarita la dirección superior, por decirlo así, del pequeño hospital, se marchó con el subteniente de cazadores para buscar los heridos, que, según noticias de algunos árabes llegados al campamento, se hallaban recogidos en los aduneros de los Righas y demás tribus acampadas al pie del Bu-Taleb. La joven cuidó de que se observaran escrupulosamente todos los preceptos higiénicos del cirujano, y de que todos los enfermos reunidos en las tiendas recibiesen el alimento que necesitaban.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

MARGARITA.

(Continuación).

Al fin, el pequeño ejército, victorioso del enemigo, pero vencido por los elementos, hizo su entrada en la ciudad y el general á la cabeza con el estado mayor. El semblante de aquellos valientes llevaba impresa la huella de grandes padecimientos soportados con valor, y á retaguardia venían los soldados, descoloridos, extenuados, llenos de lodo, algunos de los cuales traían en lugar de sus zapatos, perdidos en la nieve, trozos de piel de buey sujetos con bramante.

Margarita se había colocado en la calle en la primera fila de espectadores, y cuando el regimiento núm. 31 pasaba por delante de ella, el corazón se deshacía á latidos; poco después una palidez mortal cubría su rostro. Miguel no venía allí. El anciano Bonnard comenzó también á alarmarse.

«¿Dónde está el sargento Miguel? preguntaba á cuantos soldados podía.

«¡Hola! este es el señor Bonnard, dijo un sargento que le conocía. ¿Cómo sigue Vd.? ¿Cómo está su linda hija?

«¿Y Miguel? ¿dónde está Miguel? decía Margarita desconsolada.

«¡Vaya, vaya! ¿de qué sirve lloriquear así? repuso con tosca voz. Miguel ha tenido frío y se ha quedado en el camino.

«¿Y por qué se ha quedado? preguntó ella sollozando.

«Por qué hizo la tontería de dar sus zapatos á un recluta que apenas sabía manejar las armas, y á quien se le helaron los pies de andar sobre la nieve. Pero Miguel habrá encontrado así entre los ouled-bouhoum ó entre algunos benis: no se alarme usted por eso.

Margarita no lloraba ya, pero instantáneamente tomó su resolución.

«Padre, dijo á Bonnard, voy á buscar á Miguel.

El anciano la miró con asombro.

«¿A buscar á Miguel, hija mía! Sería lo mismo que ir á buscar el anillo de oro que tu madre perdió cuando vinimos á Africa. ¿Te parece que no hemos padecido ya bastante? El cielo sabe que amo á Miguel con todo mi corazón; pero soy viejo y me veo aniquilado con las enfermedades, y él es joven y robusto; de modo que después de descansar un día ó dos en cualquier tribu, volverá sano y bueno.

«Padre, repuso Margarita, también soy yo joven y robusta, y cuando mi marido está enfermo, mi puesto es á su lado: Vd. nos aguardará en Setif.

El anciano Bonnard hizo algunas objeciones más al proyecto de Margarita; pero esta permaneció firme en su resolución. Como era ya demasiado tarde para ponerse en camino al momento, invirtió el resto del día en tomar informes y en hacer sus preparativos de viaje. Alquiló un carro que Francisco se encargó de guiar, y se proveyó de mantas de abrigo y de alimentos sustanciosos. Al entrar en un almácen para comprar feno, vió á una mujer de mediana edad que en un rincón de la tienda estaba llorando amargamente; y el compasivo corazón de Margarita se conmovió de lastima.

«¿Qué le sucede á Vd., señora? le dice acercándose á ella.

«¡Mi hijo, mi pobre Santiago, el soldado más buen mozo del regimiento núm. 43, contestó con voz ahogada por los sollozos, no ha vuelto con los compañeros, y quien sabe si habrá muerto! Esta era la primera campaña de mi hijo querido.

Margarita unió sus lágrimas con las de la infeliz madre.

«Usted no tiene noticia de su hijo, le dice: pues voy salgo mañana para buscar á mi marido, de quien tampoco sé: ¿quiere Vd. venir conmigo?

El negociante en franela que en segundas nupcias

se había casado con la señora Catalina, viuda de un tambor mayor, quiso aventurar algunas expresiones acerca de lo inoportuno de aquel viaje; pero Catalina, que no obstante lo cinco pies, diez pulgadas y enormes bigotes de su primer marido, siempre le había disputado con valor su parte de autoridad, no era mujer para dejarse gobernar por el segundo, tranquilo como que apenas le llegaba al hombro. Trábase, además, de su único hijo. Aceptó, pues, con gratitud la proposición de Margarita y le prometió estar á las seis de la mañana en la puerta de la posada del *Leon de Oro*.

Mientras tanto la autoridad militar, no contenta con prodigar á los soldados que volvieron á Setif todos los auxilios que podían necesitar, envió al día siguiente el hospital provisional, acompañado con unos cuantos cazadores á las órdenes de un subteniente, para que fuesen á buscar á los enfermos y heridos que no habían vuelto con la columna. El capitán de ingenieros de la plaza con un destacamento de 19 de ligeros y muchos colonos, entre quienes se hallaban Margarita y la señora Catalina, se agregaron á este convoy. Todos se pusieron en camino llenos de ardor y de buena voluntad; pero muy pronto estalló en la llanura una deshecha borrasca; los copos de nieve cegaban á los hombres y á los caballos, y siendo cada vez más intenso el frío, los más de los colonos se volvieron á Setif.

La noche fué aún más espantosa; porque la violencia del viento impedía oír los cañonazos que se tiraban desde la plaza para indicarle la dirección; y cuando amaneció, los soldados estaban dispersos y los cazadores separados del hospital provisional, el cual, guiado por algunos spahis, había llegado al cabo de quince horas de marcha á un aduar de los ouled-bou-haoum, aliados de los franceses.

El chaghe Ben-Perghat hizo que los árabes sentaran sus tiendas en el medio mismo de la Suala (1).

(1) Suala, aduar particular de un jefe, que comprende á su familia y sus criados.

(Se continue)

